

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SETIEMBRE. N. 33 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO

La conquista de Méjico, por F. F. B.—Calvario y redención, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Isabel, por M. C.—La reina de Hungría, por X.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## EL CONQUISTADOR DE MÉJICO.

### I.

Vasto campo de hazañas dignas del génio audaz, belicoso y emprendedor de los Españoles, se les ofrecían fines del siglo décimo quinto, con el descubrimiento del nuevo mundo. No les bastaba el ser ya pacíficos poseedores de las islas primitivamente conquistadas en aquel extenso emisferio, porque la existencia de un nuevo continente abría delante de ellos el camino de expediciones tan gigantescas como atrevidas, las que además de honores y riquezas, les habían de procurar los láuros que su entusiasmo apetecía. Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, y el mas calificado entre los compañeros de Colon que habían hecho fortuna en el nuevo mundo, no desperdició tan favorable ocasion de

aumentar su crédito y opulencia, disponiendo con celeridad los preparativos de la nueva conquista, mientras que sus emisarios venían a España a dar la fausta noticia de los descubrimientos hechos. Lo mas importante y lo que en realidad mas inquietaba a Velazquez, era el nombramiento del jefe de la expedición: de su valor y su prudencia pendía el resultado favorable de ella, y la eleccion de un hombre que poseyera tan recomendables cualidades habia de recaer por otra parte en quien fuese incapaz de constituirse independiente de la autoridad del suspicaz gobernador. Ciertamente que la eleccion de Velazquez no estaba detenida por falta de pretendientes. En aquella época de entusiasmo, cualquier hombre, por humilde que fuese su nacimiento y por escaso que estubiese de recursos, se creia capaz de realizar las empresas mas extraordinarias: pretension que no debe parecernos ridícula, hoy que el éxito dichoso la ha justificado. Habia ademas pretendientes de méritos conocidos, y entre los mas ansiosos de gloria y honor se hallaban el intrepido «Alvarado, el fogoso Velazquez de Leon, Cristóbal de Olid, Escalante, Montejo, Escobar, Portocarrero,» y otros ilustres caudillos, cuyos nombres se han escrito con letras de oro en la historia de su patria; aunque a todos ellos habia de superar el prudente y valeroso HERNAN CORTÉS que mas que por Die-



go Velazquez, fué elegido por los destinos que velan por la prosperidad de la España.

Hernan Cortés era un jóven de grandes esperanzas, que deslumbrado por el prestigio de la gloria militar y ansioso de señalarse en la carrera de las armas, habia abandonado los estudios á que sus padres le encaminaban, y desde la villa de Medellin, su patria, habia pasado al nuevo mundo donde su valor, su talento, sus modales conciliadores le habian hecho ya adquirir no solo una alta consideracion, sino ricas concesiones de tierras y de indios; pero esto no le bastaba.

Así que se vió al frente de una expedicion que tanto lisonjaba su belicoso anhelo, y conociendo que la tardanza podia suscitarle algun obstáculo promovido por los envidiosos, activó todos los preparativos y el diez y ocho de noviembre de 1518 se hizo á la vela para el continente americano. Pocomas de seiscientos hombres, que solo tenian diez y seis caballos, trece mosquetes, treinta y dos arcabuces y algunas piezas de campaña, se encaminaban entonces á la conquista de un imperio, mas extenso que el de la España, que era entonces el mayor del mundo conocido.

Esta expedicion, sin embargo, recorrió fácilmente países, donde los que habian precedido á Cortés habian encontrado resistencia, llegó al continente, desembarcó á pesar de los que quisieron estorbarlo y emprendió su ruta premeditada á pesar de los formidables preparativos que hicieron los indios para impedirlo. Vencidos tan gloriosamente en Tabasco, ya se hallaron mas propicios á escuchar las proposiciones de Cortés, que á lo primero habian desechado. Entonces Cortés á pesar de Velazquez y sus partidarios, se presentó ya como único jefe de aquellas tropas, cuya formacion se habia debido en gran parte á su crédito, y á los fondos de que pudo disponer empeñando sus tierras y demás bienes. En consecuencia, Cortés se anunció á los indios como enviado por un monarca poderoso, ofreciéndoles alianza, paz, proteccion y conocimiento de la verdadera fé, directamente en nombre de Don Carlos, Emperador de Austria y rey poderoso de la España.

## II.

No era solo el entusiasmo belicoso el que animaba á Hernan Cortés á empresas casi temerarias, el que le hacia conseguir tantas victorias; su energía se hallaba además sostenida por el sentimiento religioso, que en todo su fervor abrigaban los que se creian destinados por la

providencia, para propagar la luz de la verdadera fé en aquellos remotos países. Fieles á la santa causa que defendian, no perdonaban ocasion de propagar sus ideas religiosas, y no podian menos de mirar con horror las bárbaras y sanguinarias ceremonias con que aquella gente honraba á sus divinidades. Los atroces sacrificios humanos, cuyo número anual no bajaba de veinte mil, eran cosa que Cortés no podia tolerar ante su vista, y desde luego se prometió exterminar aquella abominable costumbre; mas como para lograrlo eran mas oportunos los medios de persuasion que los de la fuerza, trató de persuadir al cacique de Zempoala, pueblo que mas escitaba las simpatias de los Españoles, por que era tambien entre todos los del nuevo mundo, el que en mejor inteligencia se mantenía con ellos. Prometió el cacique abolir aquellas horribles ceremonias; pero esta promesa, dictada tal vez por el temor, fué hecha además sin contar con la voluntad y arraigada supersticion de sus vasallos. Cortés tuvo noticia cierto dia, de que los indios se habian congregado para celebrar una de sus festividades, que las víctimas se estaban inmolando, y que habia muchos prisioneros destinados al sacrificio. Entonces estalló la cólera del celoso caudillo, cuyo impetuoso carácter no necesitaba ser escitado por el sentimiento religioso y el de la fé violada, que entonces le agitaron. Reunió al instante algunos de sus valientes compañeros, y entró con ellos en el templo donde los indios estaban congregados. Su presencia escitó un sobresalto universal, mas no tanto que interrumpiese la ceremonia, y Cortés pudo ver junto á el ara á el gran sacerdote que presidia, vestido de encarnado y con corona de plumas verdes y amarillas en la cabeza. Cuatro indios vestidos de amarillo con bandas negras, tenian á un infeliz completamente desnudo, sujeto por los cuatro extremos sobre una piedra verde de forma piramidal y como de una vara de alto, otro indio le sostenia la cabeza, y entonces el gran sacrificador hiriendo el pecho de la víctima con un agudo cuchillo de piedra, le arrancó el corazón que fué á ofrecer aun palpitante á un ídolo colosal de horribles y repugnantes formas. Los restos de la víctima eran entregados al que la habia hecho prisionera en la guerra, y servian para celebrar la victoria en un horrible festin, mientras que con su sangre se rociaban las paredes del templo, incrustadas de serpientes y de calaveras humanas.

F. F. B.

Continuará,



## CALVARIO Y REDENCION.

## CARTAS DE TRES HERMANOS.

Elia á María

Aunque hace algun tiempo que no te escribo, has vivido siempre presente en mi memoria y en mi corazon, mi dulce María, y tu presencia hubiera hecho menos amargas las horas que han transcurrido para mí.

Por que he estado enferma, muy enferma. Nuestra madre nada te ha dicho por el temor de afligirte, y ha guardado para sí sola los temores y las sozobras que mi estado la inspiraba.

Pobre madre mia! con que afan ha velado junto á mí, con que desvelo ha espiado mis palabras y mis suspiros, para adivinar por ellos la causa de mi mal!

¡Ay! ya lo sabe todo!

Por que yo, hermana mia, que he podido ocultarle mis lagrimas, no he tenido valor de callarle mi alegría, y he sido menos fuerte ante el placer, que ante el pesar que me consumía.

¡Oh! mi amante María, tengo tantas cosas que contarte, que acaso encontrarás incoherente mi carta: pero empezaré por decirte que soy feliz, que el sol de la esperanza luce hoy para mí de una manera clara y serena y así podrás leer hasta el fin.

Gustavo me ama! Gustavo quiere compartir conmigo, no ya su fortuna, por que es pobre, pero sí su vida y su porvenir.

Él ha vuelto, le he hablado, y me lo ha confesado todo!

Me ha dicho que, contratiempos inesperados le han privado de sus bienes, de su posicion, y aun de su título; y que este era el motivo de su vacilacion y de su duda.

Oh! hermana mia! no puedes figurarte el gozo de mi alma al escuchar tales palabras! Yo hubiese querido ocultarlo, pero no sé fingir, y sin duda lo comprendió en mi semblante, por que á su vez me dijo que era muy dichoso.

Ahora, querida María, ahora creo que le amo mas.

Parece como que sus riquezas y su título, eran un obstáculo entre los dos. Yo siempre me hu-

biera encontrado avergonzada y cortada en medio de ese lujo y de ese esplendor, del cual Dios ha querido privarme desde la infancia.

Ahora es distinto:

Pobres los dos, cruzaremos la existencia mas unidos, mas concentrados uno en el otro.

Ayudandonos mutuamente, embelleciendo nuestra morada con la ternura del corazon, con las bellas flores del alma, en vez de las galas y el fausto, y el lujo que el oro puede acumular: lejos de ese mundo que no sabria comprendernos, y nos robaria las horas mas hermosas de nuestra existencia, viviremos para nosotros mismos, sin ambicion ni vanidad, ni falsos placeres.

Por qué el quiere habitar en nuestra casa, aquí donde le ví por primera vez, y á donde mi corazon le consagró su primer latido.

Quiere vivir sin mas compañía que nuestra madre y Rafael.

Rafaél! pobre anciano! cuanto le debo y que feliz es al verme ya dichosa y restablecida.

Pero te hablo de todo sin orden ni acierto y veo que hago mal; soy una aturdida, lo confieso, pero ya verás como voy á enmendarme.

Empezaré, pues, hablandote de mi estado, antes que él volviese junto á mí.

Figúrate, pues, que nada he hablado, y empieza á escucharme.

Desde que Gustavo se alejó, desde que perdí la esperanza de verle, sentí un vacío inmenso en el alma y una tristeza profunda en el corazon.

En vano pedia á Dios fuerzas para vencerme y para ocultar mis pesares en lo mas ignorado de mi pecho: en vano procuraba atraer la sonrisa á mis labios y la serenidad á mi frente.

Mi frente palidecia, y mis lábios suspiraban sin que yo lo notara, causando á nuestra pobre madre una inquietud ter rible y mortal.

Mil veces la ví estremecerse al verme aparecer, la ví tocar mis sienes y temblar á mi lado creyéndome dormida, la ví enjugar sus lágrimas y disimular su inquietud en mi presencia, por que me veia morir é ignoraba la causa de mi mal.

Quiso que consultara con el anciano médico de la aldea y yo la obedecí: el pobre doctor veia mi decaimiento, veia la fiebre consumir mis fuerzas, pero no atinaba con la causa de aquella enfermedad, que yo sola conocia y cuyo germen estaba en el alma.

Y á tanto habia llegado el mal, que ya no salia ni apenas podia moverme del antiguo sillón de nuestra madre, que ella habia colocado junto á la ventana para que le ocupase yo.

Allí pasaba los dias inmóvil y muda, contemplando el camino de la aldea, y el sitio donde le ví caer, casi muerto á mis piés.



Tú quizás, mi buena hermana, me acusarás por este abatimiento, por este pesar: pero ¡ay! de mí yo le amaba, y al corazón, María, no se puede mandar. No se le dice al dolor, aléjate; á el alma, no sufras: esto sería en vano, y no está en nosotras poderlo conseguir.

En todo caso, yo no sabia; yo era débil, era una niña, y solo tenía valor para resignarme y para callar.

Dios tuvo compasión de mí, sin duda: el ángel de mi guarda no tenía orden de conducir mi alma á sus plantas, por que un día, y cuando menos podía esperarlo, creí distinguir su sombra entre los árboles del camino.

Temblé á pesar mio; mi corazón latió con violencia... yo sentía que era él, pero temía haberme engañado.

Pasó poco mas de un cuarto de hora, y casi empezaba á creer una ilusión de mi sueño aquella aparición tan rápida; cuando la puerta de mi estancia se abrió, y oí á nuestra madre que decía:

—Élia, Élia, nuestro antiguo huésped, Gustavo, desea verte.

No sé lo que pasó por mí: solo puedo decir que todo se oscureció en torno, y que la palabra con que iba á contestar no salió de mi corazón hasta mis labios.

Gustavo estuvo allí mucho tiempo, parecía entristecerse de mi mal, y ¿querrás creerlo? á veces este mismo mal parecía producirle una secreta á inesplicable alegría.

Por la tarde se retiró ofreciendo volver al día siguiente.

Así lo hizo, y entonces nos refirió la pérdida de su fortuna y su nueva posición.

Al hablar de este modo, no apartaba de mí sus ojos, temía que esta noticia me disgustase: así me lo ha dicho despues.

Aquella noche se quedó hasta mas tarde.

Yo me sentía mejor, la alegría de verle me reanimaba.

Dos días despues pude bajary al jardín, y allí me confesó que me amaba, y me dijo que sinome asustaba la pobreza y le autorizaba para ello, estaba dispuesto á pedir mi mano.

La emoción que me dominó entonces fué tan profunda, que no sé que le contesté: solo puedo decirte que al día siguiente y acompañado de nuestro buen párroco, se presentó á nuestra madre, y que solo esperamos la aprobación de Fabian para unir nuestro destino.

Ya ves si soy feliz, hermana mia, por que Fabian aceptará este enlace, estoy segura de ello. Vale Gustavo tanto! Oh! ¡que bueno es Dios! y cuanta felicidad concede á sus criaturas.

Gustavo ha suplicado á nuestra madre que no se ocupe de nada, pues él solo quiere encargarse de los preparativos de la boda.

¡Oh! y hace bien: nosotros somos demasiado pobres, y los pobres no necesitamos preparativo alguno; además, nuestra felicidad es tan grande, que no ha menester engalanarse.

Cuando llegue Fabian te escribiré de nuevo. Hazlo tu entre tanto, y yá que eres tan buena, hermana mia, pide á Dios que no anuble nunca la pura luz que hoy brilla resplandeciente para tu amante hermana,

ÉLIA.

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vlichez.

## ISABEL.

CONTINUACION.

—Pero, Isabel, ¿sabeis hasta qué punto el emperador está irritado contra vuestro padre?

—Ignoro, dijo, de qué crimen se le puede acusar; nó conozco ni su patria ni su nombre; pero estoy segura de su inocencia.

—¡Qué! repitió Smoloff, no sabeis cuál es el rango de vuestro padre, ni su nombre?

—No, no lo sé, respondió.

—¡Oh! hija admirable! ni un asomo de orgullo ni de vanidad en tu heroísmo; no sabes lo que vas á reconquistar; no has pensado mas que en tus padres; ¿pero que es la grandeza de tu nacimiento ante la de tu alma? ¿que es al lado de tus sentimientos el nombre de....

—Deteneos, interrumpió, ese secreto es el de mi padre, y solo he de saberlo de su boca.

—Tiene razon, dijo Smoloff con una especie de entusiasmo.

La jóven tomó la palabra para preguntarle cuando la daria los datos que le habia pedido.

—Voy á trabajar en ello, la dijo; pero, Isabel, ¿creis que podreis atravesar las tres mil quinientas verstas que separan el distrito de Ischim, de la provincia de Ingria, sola, á pie, sin auxilio!

—¡Ah! exclamó prosternándose ante el altar; el que me envia al socorro de mis padres, no me abandonará.

Smoloff con sus ojos arrasados en lágrimas despues de un momento de silencio contestó:

—Es imposible que penseis en tal empresa hasta que llegue el buen tiempo; antes sería



impracticable. Llega ahora la estación en que los trineos no van á poder caminar, y quedaríais inundada en los bosques húmedos de la Siberia: os volveré á ver, Isabel; entonces podré daros razón de un proyecto que al presente no puedo juzgar por que estoy demasiado conmovido. Vuelvo á Tobolsk, quiero hablar á mi padre; el mejor hombre del mundo; no habría desgraciados aquí si él no tuviese que cumplir su deber. Las grandes acciones le complacen; no puede ayudaros en vuestro proyecto por que se lo prohíbe su deber; pero lo juro, no castigaré á vuestro padre por haber dado la vida á una hija tan virtuosa. Ah! se enorgullecería de que fueseis su hija. Isabel, perdonadme; á mi pesar mi corazón se declara; sé que no puede haber en el vuestro otro sentimiento que el que actualmente le ocupa; no espero nada; pero si acontece que vuestros padres vuelven un día á su patria y viven felices y vos tranquila, acordaos que en estos desiertos vive Smoloff, que os vió y os amó, y que hubiera preferido vivir oscuro y pobre con Isabel, hija de un desterrado, á todos los honores que el mundo podría ofrecerle.

No pudo acabar; las lágrimas ahogaron su voz, él mismo se admiró de una emoción tan extraordinaria, por que hasta entonces no había sido débil; por que hasta entonces no había amado.

Sin embargo, Isabel quedó inmóvil; la idea de otro amor que el filial, le parecía tan nueva, que apenas la concibió: quizás la hubiera parecido menos extraña si su corazón hubiera podido recibirla; quizás si hubiese visto á sus padres felices, hubiera amado á Smoloff; si llegan á serlo un día, le amaré; pero mientras que sean desgraciados, permanecerá fiel á su piadosa pasión; para abrigar dos en él, el corazón por grande que sea, no es todavía lo bastante.

Isabel no había vivido en el mundo; ignoraba sus usos y costumbres; una especie de pudor, que es como el instinto de la virtud, la manifestó sin embargo, que después de la confesión que ha oído una joven, no puede quedar sola con el que la ha hecho: se dirigió hacia la puerta y fué á salir, Smoloff que conoció su designio, la dijo:

—Isabel, ¿os habré ofendido? Pongo por testigo á Dios, aquí presente, que si hay amor en mi corazón, hay también mucho respeto; sabed que si vos se lo ordenais, sabe callar y morir: como puedo, pues, haberos ofendido?

—No me habeis ofendido, respondió con dulzura; pero no he venido aquí hablaros sino de mis padres; después de lo que me habeis oído, nada más tengo que deciros; voy ahora á buscarlos.

—Bien, noble joven; id á cumplir con vuestro deber: asociándome á el creo hacerme más digno de tí, y lejos de pensar en separarte ni aun en mi interior, de tu proyecto, voy á ocuparme en ayudarte.

Entonces prometió la volvería á ver al domingo siguiente en Saimka y llevaría todos los datos y apuntes necesarios para la ejecución de su proyecto, y se separaron.

Cuando llegó el domingo, Isabel seguía á su madre placentera á Saimka; deseaba con impaciencia ver á Smoloff, y recibir en fin todos los datos necesarios que facilitasen su partida. Concluyó la ceremonia y Smoloff no pareció. Isabel, mientras que rezaba su madre, pregunto á una anciana si M. Smoloff había ido á Saimka: le respondió que no, y que hacía dos días que había partido para Tobolsk. Un vivo dolor se apoderó de Isabel: su más grata ilusión parecía huir de ella en el momento en que más cercana la creía. Mil funestos temores se apoderaron de ella, puesto que Smoloff había abandonado á Saimka sin acordarse de su promesa, ¿quien le respondía que se acordaría de ella en Tobolsk? Y entonces ¿cual sería su recurso? Persiguióla esta idea todo el día, y por la noche agobiada por un pesar cuyo peso ella soportaba, y empleaba todo su valor en ocultar, se retiró temprano á su cuarto, á fin de entregarse sin testigo á su dolor.

Así que salió, Fedora inclinó su cabeza sobre el pecho de su esposo y le dijo:

—Escucha lo que piensa mi solícito corazón: ¿no has notado el cambio de Isabel? A nuestro lado está pensativa, se ruboriza al nombre de Smoloff, su ausencia la inquieta; esta mañana en la iglesia estaba preocupada, vagaban sus miradas por todas partes, y la he oído preguntar si Smoloff estaba en Saimka, y se puso pálida como la muerte cuando la dijeron que estaba en Tobolsk. ¡Oh! Estanislao, me acuerdo del día feliz que precedió á nuestro enlace; así me ruborizaba cuando oía hablar de tí; así es como mis ojos te buscaban por todas partes, y se arrasaban de lágrimas cuando no te encontraban. Esos síntomas de amor que no deben concluir, ¿como no deben aterrorizarme cuando los veo en mi hija? No está destinada á ser feliz como su madre.

—Feliz! respondió su padre con amargura: feliz en el desierto, en el destierro!

—Sí, feliz en el destierro, en el desierto, interrumpió vivamente Fedora; feliz en cualquier parte donde se la ame.

Y sus brazos estrecharon á su esposo contra su corazón: pero volviendo muy pronto á la idea primera que la ocupaba, dijo:



—Temo que el joven Smoloff no ame á mi hija, la hija de un desterrado, nacida de mi sangre y alimentada con mi leche; morirá como su madre con su amor.

Hablando así lloraba, y la vista de su esposo que la consolaba en todo, no podía consolarla de la desgracia de su hija. Reflexionó Spinger un momento, y despues respondió:

—Estimada Fedora, calma tus temores he estudiado tambien el carácter de mi Isabel; quizás he leído en su alma antes que tú; otra idea la ocupa enteramente; estoy convencido que si quisiésemos dársela á Smoloff no la despreciaría ni aun en este desierto, y este sentimiento le hará digno de obtenerla, si algun día... Pero Isabel no quedará siempre en este desierto, no permanecerá desconocida; no será desgraciada; es imposible: tantas virtudes en la tierra anuncian justicia en el cielo; tarde ó temprano sentiremos su efectos.

Desde su destierro era la primera vez que Spinger no desconfiaba del porvenir. Fedora concibió las mas dulces esperanzas, y asegurada por las palabras de su esposo se durmió tranquila en sus brazos. Por espacio de dos meses, Isabel fué continuamente á Saimka, esperando siempre encontrar á Smoloff. Fué en vano; no parecia, y supo que habia dejado á Tobolsk. Entonces la abandonaron todas sus fuerzas y esperanzas: no dudó que la habia olvidado enteramente; mas de una vez esta idea la hizo derramar amargas lágrimas, de las que la mas pura inocencia no se hubiera avergonzado.

Hacia el fin de Abril, un sol mas suave y fuerte comenzó á derretir las nieves; las islas arenosas de los lagos comenzaron á cubrirse de yerba; el espinó brotaba sus grandes racimos blancos, semejantes á copos de nieve; la campanilla silvestre con sus botones de un azul pálido, y el jaramargo que eleva sus hojas en forma de lanza, tapizaban el pié de los zarzales. Nubes de mirlos negros descendían á bandadas á los desnudos árboles, é interrumpían con su canto el triste silencio del invierno; ya en las orillas del rio rebototeaba el hermoso canario de Persia, de color rosa, con su pico negro y su copete; todas las veces que se le dispara un tiro arroja gritos muy prolongados, aun cuando no le haya herido; en los cañaverales de los pantanos habia multitud de aves frías, de toda clase, las mas jóvenes con pico amarillo, las otras con un collar de pluma. En fin, todo anunciaba en la Siberia una primavera prematura. Isabel, presintiendo lo que iba á perder si dejaba de partir en un año tan favorable á sus designios, tomó la atrevida resolución de llevar á cabo su proyecto, y de no con-

tar para su éxito sino con Dios y con ella.

Una mañana se ocupaba Spinger en cultivar su jardín; Isabel sentada próxima á él le miraba silenciosa; no la habia confiado todavia el secreto de su infortunio, y no queria obligarle á que le hiciese esta confianza. Habíase producido en su alma una especie de altivez afectuosa que la hacia no desear saber las desgracias de sus padres, sino cuando fuese á partir, y de no oír la relacion de lo que habia perdido mas que cuando estuviese en estado de decir: «Voy á devolvéroslo.» Hasta entonces habia contado con las promesas de Smoloff, y sobre ellas habia fundado sus esperanzas; pero despues de tenerlas tan fundadas restábanle otras todavia, y estas la indujeron á que hablase. Sin embargo, antes de comenzar, calculó todas las objeciones que la podian hacer, todos los obstáculos que se la presentarian: sabia que eran terribles, por que Smoloff se lo dijo, y estaba convencida que la ternura de sus padres lo exajeraría mas. ¿Que responderá á sus temores, á sus órdenes, á sus mandatos? ¿Qué dirá cuando le manifiesten que los goces de su patria no son nada en comparacion de la ausencia de su hija. Por un momento olvidó que su padre estaba allí, cayó de rodillas, y anegada en llanto, rogaba á Dios que la diese la elocuencia necesaria para convencerlos. Spinger que la oyó llorar se volvió, se dirigió hacia ella, la estrechó entre sus brazos, y la dijo:

—Isabel, ¿qué tienes? Que quieres? Ah! si sufres llora al menos en el seno de tu padre.

—Padre mio, respondió, no me rehuséis una gracia, no me detengas aquí; sabes que quiero partir; prométeme que me dejarás: lo conozco, es Dios quien me llama.

No pudo acabar; dirigióse hácia ellos la joven tártara, y dijo:

—¡Smoloff, M. Smoloff! Isabel exhaló un grito de alegría, estrechó las manos de su padre contra su pecho, añadiendo:

—¿Lo ves? Es Dios mismo el que me llama; envia al que puede enseñarme los caminos: no hay ya obstáculos. Oh! padre mio, tu feliz hija romperá tus cadenas.

Sin esperar su respuesta, corrió al encuentro de Smoloff, encontró al paso á su madre y la abrazó diciendo:

—Ven, ven; ya ha vuelto! Smoloff se halla aquí.

(Continuad.)

M. C.



## LA REINA DE HUNGRÍA.

(CONTINUACION.)

Luis de Thuringiano tenía mas rival en Europa que San Luis tocante á dulzura, sabiduría y piedad, al mismo tiempo que estaba dotado de una fuerza y valor sobrenatural. Domaba con su mirada los leones, no tenía quien le igualase en los sangrientos ejercicios de la caza y de la guerra, y sin embargo para con su pueblo y con las damas, poseía esa noble cortesía que San Francisco de Asís llama *hermana de la caridad*.

Isabel le amaba con tanta pasión que vestía de luto en sus ausencias y no le dejaba hasta su regreso para adornarse con sus galas mas ricas.

La duquesa consagraba su vida entera á Dios y á los pobres.

Un día que tenía exausto su tesoro, arrojó á un pobre su guante adornado de pedrería. Un caballero que presencié esta escena, rescató la prenda á costa de oro y le engastó en la cimera de su casco. Este talisman sagrado le hizo invencible á sus enemigos.

Otro día, en medio del rigor del invierno subía las espesas cuevas de Eisenach con el manto recogida y lleno de pan, huevos y toda especie de provisiones para sus pobres. Su marido que volvía de caza la divisó, y viéndola tan fatigada se disponía á reconvenirla....

—¿Qué llevas ahí? preguntó con severidad, abriendo el manto que temblorosa Isabel oprimía contra su pecho.

El manto apareció lleno de rosas blancas y encarnadas, y una aureola luminosa ciñó la frente de la santa. El duque deslumbrado, indicó con una seña siguiera su camino, después de coger una flor del milagroso ramillete.

El sendero en que se operó este prodigio, se llama aun «knibrechen» (casca-rodillas). Luis hizo construir una cruz conmemorativa que ya no existe, pero el recuerdo de las rosas se perpetúa en los millares de flores que embalsaman el país.

Todo los pintores y escultores católicos, han representado á Santa Isabel con rosas en el manto.

Todos los años el día del Jueves Santo congregaba los tiñosos y leprosos, lavaba sus pies, cabeza y manos y se arrodillaba ante ellos como representantes de Jesucristo.

Murillo ha inmortalizado este rasgo de caridad y humildad cristiana en un cuadro que pasamos á describir.

Descúbrese en él á la joven y bella Isabel de Thuringia con su corona ducal, rodeada de enfermos é impedidos, sosteniendo con sus manos el cráneo de un tiñoso, sobre el cual una de sus camareras derrama agua de un jarro.

En primer término hay un hombre vendándose una herida en una pierna y una pobre vieja que considera con admiración la tarea de la santa.

En el fondo y á la izquierda se ven las expresivas figuras de una joven que tiene en sus manos una bandeja, y una vieja que observa con atención á todos los que la rodean.

La fisonomía de la santa respira una bondad y dulzura verdaderamente angélicas.

El milagro de la corona y el manto real, no es menos popular en Alemania que el de las rosas.

En una ocasión, al cruzar el emperador por Thuringia significó su deseo de ver á Isabel, en el castillo de Wartburg. El landgrave se lo participó á su esposa, previniéndola se vistiese con las mejores galas, lo que puso en confusión su alma por que había dado á los pobres hasta su manto, sin quedarse con mas ropa que un tosco sayal. En trance tan crítico solo tuvo fuerzas para caer arrodillada ante un crucifijo y esclamar:

—Dios mio, venid en socorro de vuestra sierva que se ha despojado de sus adornos por amor á vos.

Al punto apareció un ángel con un manto y una corona resplandeciente, con lo que asistió al festín imperial, encantando á todo el mundo y mas que á nadie al monarca, por su gracia, amabilidad y alegría.

Los monumentos de caridad de Isabel han desaparecido. Consérvase sin embargo una fuente de agua pura y cristalina, que recoge una simple taza de piedra, sin mas adornos que las flores que nacen á su alrededor; en esta fuente era donde lavaba la duquesa la ropa de los pobres, por lo que el pueblo la llama *la fuente de Isabel*. Rodeala una plantación de arbustos y yerbas de poca altura, circunscrita por un trozo de muro que oculta la fuente de las miradas de los transeúntes; á este recinto llaman *Jardín de Isabel*. Un poco mas apartado de este lugar, hacia el Oriente, en un valle delicioso, se descubre una pobre choza que fué capilla en otro tiempo.

(Continuará.)

X.



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

La niña se levantó precipitadamente y se acercó á la Marquesa, aunque no comprendia bien su pensamiento.

—Era una sortija ¿es verdad?

—Sí; respondió Ana, esperando que su señora continuase hablando.

—A verla. Oh! es muy hermosa, y te sentará admirablemente, solo que tienes que aguardar algunos años para usarla por que tu dedo es demasiado pequeño todavía ¿es verdad que esta sortija es muy grande para ella? dijo la Marquesa dirigiendo su pregunta á el ama de llaves.

Esta miró el dedo de Ana, primero con curiosidad, despues con sorpresa, y haciendo un ademan muy expresivo alzó su mano y la miró tambien exclamando, con acento agresivo.

—¡Calla! ¿tienes tú mi sortija, niña? Oh! y yo que no la habia echado de menos todavía!

—Su sortija de V? exclamó la Marquesa respondiéndole con presteza, permítame V. que la diga que se engaña; mi buena Petra.

—Como! murmuró ésta asombrada.

—Este anillo es de Ana.

—De Ana?

—Se lo encontré ayer tarde, y ya vé V.... le pertenece.

—Pero si es el mio, si yo lo perdí aquí?

—De V.? á ver....

—Oh! es la mia, la mia.... y....

—Quién puede asegurarlo? nadie! por lo cual, yo creo que si Ana se queda con ella....

—Seria lo mismo que si me lo robase: pues no faltaba más! exclamó Petra sofocada.

—A ver.... venga V. acá, murmuró la Marquesa, con calma. Este anillo, como una moneda cualquiera, no lleva impreso el nombre de su dueño; al menos yo no lo veo marcado en ninguna parte.

—Sin embargo; murmuró Petra confusa, porque comprendió la intencion de la dama.

—Sin embargo, cree V. justo y lógico que se le devuelva?

—¡Oh! sí, sí, yo lo creo! si es la mia....

—Esas palabras eran las que yo queria escuchar de sus labios. Ya ve V. pues, amiga mia, que cuando una cosa nos atañe somos mas justos que cuando atañe á los demás, y aprenda por sí misma, que no nos pertenece todo lo que nos hallamos como V. suponía.

—Sí, ya lo veo.

—Aunque os sea molesta, amigos míos, no quiero terminar, sin deciros aún algunas cosas, que de olvidadas podian ocasionaros alguna triste caída en la falta que mas debemos evitar. Cualquiera omision en mí, que me he propuesto enseñaros, seria culpable, siempre que procediese de una intencion determinada.

—Mucho me alegro, señora, de que esté V. E. resuelta á seguir hasta el fin tratando de este asunto, y mucho mas cuando yo queria hacerle algunas preguntas, dijo el señor Nicolás con acento tímido y humilde.

—Diga V. amigo mio, que en lo poco que yo sepa estoy dispuesta á contestar.

—Al hablar de los hallazgos, no nos ha dicho V. E. nada de otra clase de encuentros, que aunque raros, suelen á veces acontecer.

—Y cuales son?

—Lo que el vulgo llama *un tesoro*, y que son simplemente cantidades de oro ú objetos de gran valor enterados muchos años antes que la casualidad haga que se descubran.

—Ya comprendo; y V. desea...?

—Saber lo que debe hacer, para no faltar á la ley divina, el que se encuentra con uno de ellos.

—Nada mas sencillo, y voy á decir á V. mi opinion, Si la cosa hallada es tal que nadie, ni aun remotamente, pueda alegar propiedad á ella, será del que la descubra, siempre que la encuentre en terreno propio ó en alguno á que nadie tenga derecho. Pero si la hallase en terreno de otro, podran partirlo entre el descubridor y el propietario de la finca por partes iguales.

—Eso está bien así, señora; si lo practicasen....

—Yo digo lo que es justo, y lo que Dios quiere que hagamos.

—Otra pregunta, y concluyo ya.

—Diga V.

—En un matrimonio ¿podrá tambien faltarle al sétimo mandamiento, en la inversion del dinero ó en la administración de los bienes.

—La pregunta que V. me hace, amigo mio, es muy difícil de resolver. Yo creo, y perdóneme el código y el derecho legal, yo creo que desde que una mujer entrega á un hombre su fe al pie de los altares, no debe haber tuyo ni mio entre aquellos dos seres que se unen ante Dios para cruzar el camino de la vida. Los bienes que uno ú otro aporten al matrimonio son de ambos, como de ambos deben ser las felicidades, los dolores y los cuidados de la familia. En el consorcio en que existe division de intereses, hay, nolo dude V., division de corazones y de voluntades y de todo, y ese no es el matrimonio cristiano, tal como Dios le instituyó en el paraíso, dando su santo código á nuestros primeros padres. Allí les dió á ambos los goces, y la paz y los frutos de la tierra, sin decirle á ninguno: «esto es tuyo y aquello no!» Si los hombres lo han hecho de otro modo, se separan enteramente de la voluntad suprema de Dios: pero volvamos á su pregunta de V. amigo mio, á la cual debo contestar diciéndole, que falta al sétimo mandamiento la mujer que gasta en trajes y modas, y objetos superfluos el haber de su casa, que pertenece á la familia, que pertenece á los hijos.

—Oh! pues si eso es así, muchas....

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada: Imprenta de La Madre de Familia.